

Conferencia magistral
San Juan: cuentos para fomentar el turismo

Edgardo Rodríguez Juliá
Miércoles 16 de julio de 2011

Introducción

Estimados señores, agradezco profundamente esta invitación de la Universidad de Guadalajara a ocupar, durante esta semana, la prestigiosa cátedra Julio Cortázar. Una cátedra presidida por Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez ciertamente nos honra y me vincula en el agradecimiento con una de las más brillantes generaciones de la literatura hispanoamericana. Me alegra que esta cátedra tenga como sede la ciudad de Guadalajara. La visité por vez primera en 1993 en ocasión del homenaje a Carlos Fuentes que se celebró bajo los auspicios de su universidad y la FIL de Guadalajara. En aquel entonces me asombró esta ciudad cuyos habitantes parecían tener los mejores modales del mundo entero. Muy particularmente me impresionaron los taxistas. Compartí en aquella ocasión con el buen amigo Julio Ortega y en esos festejos conocí a uno de los más sorprendentes escritores de mi generación, el argentino Cesar Aira. Desde entonces me ha cautivado la ciudad y sus atracciones históricas y turísticas. Aquí el año en que la feria se le dedicó a Puerto Rico, conocí a mi actual esposa la mezzo soprano puertorriqueña Ilca Lopez, quien vino a cantar como parte de la delegación del conservatorio de música. Cantó en este mismo paraninfo.

He visitado muchas veces la Feria internacional, invitado como escritor y también como editor, siendo la presentación de la antología personal de Carlos Monsiváis, editada por la editorial de la Universidad de Puerto Rico, uno de los momentos más conmovedores momentos en mi carrera literaria. Bien sé que antes de morir Monsiváis elogió esa antología personal que estuvo a mi cargo, cuidado y cariño.

Guadalajara es también la ciudad de Juan Rulfo, narrador que he leído beatamente y la patria chica del buen amigo y consagrado poeta Hugo Gutiérrez Vega a quién la cultura puertorriqueña le debe un apoyo decisivo durante los años que fue cónsul de México en Puerto Rico. Son muchos los vínculos entre los puertorriqueños y los mexicanos. Aparte de la rivalidad en el boxeo, los boleros de Rafael Hernández y el amor perdido de Pedro Flores, somos países colocados por el destino en la frontera, sitiados por variantes del mismo *spanglish*, nuestro particular genio ha sido la sobrevivencia cultural a pesar de la emigración y la cercanía con los Estados Unidos.

Decidí hablar sobre la literatura antillana, porque su formación desde la memoria fue siempre una manera de conservar la identidad en ese lago asolado por imperialismos antiguos y modernos.

Gracias nuevamente por esta oportunidad que apreciaré y recordaré en mis años tardíos y evocando las muchas películas mexicanas vistas en el cine de mi pueblo pequeño durante los años cincuenta y recordando específicamente a un cantante que la gente joven supongo que ya no escucha: “muy agradecido, muy agradecido, muy agradecido”.

Hoy les voy a leer una conferencia sobre la literatura puertorriqueña. La literatura puertorriqueña es una de las literaturas desconocidas de Latinoamérica y como bien señalaba José [José Reyes González Flores], también muchas literaturas, del Caribe francófono y del Caribe anglófono, simplemente no es conocida, excepto cuando alguien se gana un premio, como Naipaul y Derek Walcott. De todas estas literaturas la más desconocida es la nuestra, que aun es desconocida por los países cercanos como Santo Domingo o Cuba. Nosotros tenemos más conocimiento de la literatura cubana, que los cubanos tienen de la nuestra. Los dominicanos conocen poco la literatura puertorriqueña, nosotros conocemos quizás un poco más, pero tampoco tantísimo. Así que somos, como siempre ocurre en Latinoamérica, países congregados en la soledad y muchas veces en la indiferencia. Esta conferencia es una conferencia sobre la literatura puertorriqueña, sobre una trayectoria que yo he intentado un poco trazar y descifrar en las conferencias que he dado en la cátedra.

San Juan: cuentos y novelas para fomentar el turismo

En 1912, en crónica titulada “Arecibo” Ramón Juliá Marín reseña el progreso alcanzado por esa principalísima ciudad de la vega norteña de la isla de Puerto Rico. La prosperidad de la ciudad es ese comercio añorado a fines del siglo XIX para la ciudad murada de San Juan. Es una riqueza fundamentada en el cultivo y procesamiento de la caña de azúcar, principalmente en los ingenios de Cambalache y Caños.

La prosperidad y riqueza han traído una renovación urbana a Arecibo. En la misma crónica del *Puerto Rico ilustrado* se incluyen fotos de la llamada avenida de los obreros, una especie de antes y después para puntualizar cómo la prosperidad comercial ha hecho de Arecibo una ciudad nueva. Las fotos llevan por calce: “Arecibo antiguo, lo que era pocos años ha la venida de los obreros” y “Arecibo moderno, la hermosa avenida de los obreros”. Esta crónica urbana coquetea casi con un planteamiento ideológico publicitario, es decir propagandístico. Adviertan, parecen decirnos los calces de las fotos, que esta avenida de los

obreros ha sido recién pavimentada. Juliá Marín también recalca la importancia de instituciones culturales como el teatro Oliver, para luego señalar la viveza de una vida ciudadana animada por los cafés para la burguesía y los cafetines para el proletariado. El tono medio de la crónica sin embargo, es de cómo la idea del progreso requiere de un pacto social, diríamos hoy, de la burguesía con el proletariado.

Esta ambición de armonía social propuesta en la crónica periodística, no existe sin embargo, en la novela de Juliá Marín *La gleba*, que trata justo sobre cómo la caña arropó paisajes y paisanaje de la isla de Puerto Rico en los primeros veinte años del siglo XX. De lo que es en *La gleba* un paisanaje asolado monte adentro por la siembra de la caña, el imperio de las centrales que convirtiéndose en Saturnos transforman en bagazo el proletariado rural, pasamos a una visión arto contradictoria en la crónica *Arecibo* Juliá Marín es defensor del capitalismo agrario. Sólo la palabra tentáculos nos insinúa la posición ideológica de la novela: “Estos ingenios han extendido sus tentáculos hacia el centro y ya las locomotoras abandonando el plano de las vegas, se internan por la pendiente de la serranía como cantando el himno glorioso del trabajo que alegra la vida y la hace próspera y fecunda” Esta complejidad de visión no es nada ajena a un modernismo literario confrontado con la modernidad y el progreso. Lo mismo que ocurre con José Martí en sus crónicas neoyorquinas, hay en Juliá Marín una visión fascinada con el progreso y una mirada muy romántica, algo nostálgica y reaccionaria.

En la novela *El negocio*, de Manuel Zeno Gandía, también se cumple el ensanche, la profecía del progreso social a causa del comercio. Ponce, la principal ciudad portuaria de la costa sur del país, se convierte en el ámbito de un capitalismo comercial, donde los nuevos ricos buscan el pareamiento social mediante el matrimonio con fortunas hechas por la importación de productos de consumo y la exportación del café y el azúcar. Ponce es un San Juan que ha sufrido ensanche por la creación de una burguesía comercial y agraria, pero a diferencia de San Juan, ciudad murada y de trasunto marcadamente peninsular, Ponce es la ciudad criolla por excelencia. Esta ciudad también será cuna del autonomismo puertorriqueño, con sus esfuerzos libertarios aunque a diferencia del nacionalismo cubano, de raíz siempre cívica y muchas veces ciudadana.

Zeno Gandía nos describe esta calle del mar en el puerto de Ponce. Notemos la necesaria caracterización del ambiente. Sobre todas las cosas incluso el descuido salubrista, está el afán de hacer dinero.

“La Calle del Mar era constante trasiego de vehículos y de acarreo, multitud de carromatos repartían por los confines de la ciudad géneros de importación o llevaban al embarcadero productos rurales que debían ser exportados. Los carros destrozaban

la calle formando desigualdades, dejando huellas profundas donde las aguas llovedizas producían pantanos de los cuales el ardor del sol hacía levantar efluvios palustres. Por encima de aquella amenaza capaz de liquidarlo todo, giraba el volante de la especulación”

Luego pasamos en este mismo capítulo a una ejemplificación digna de Alfonso Reyes o Alejo Carpentier. Los elementos descriptivos y narrativos se intensifican en esta escena de gran viveza pautada por el uso del gerundio, donde los tipos humanos se perfilan con el trajín del puerto como trasfondo:

“Con ellos, otros luchadores también bullían, negociantes reconociendo muestras, dependientes anotando cifras o sumando pesadas, comerciantes en plena contratación, vendiendo o comprando, comisionistas ofreciendo sus artículos, detallistas inquiriendo precios, mozos desfardando comestibles, carabineros empleados de la balanza del fisco que en el centro del local estiraban la férrea palanca, meciéndola con vario vaivén a cada peso que le colgaran y, por último, una turba de puestos de fruta, freidores de pescado, vendedores ambulantes y gentes desocupadas que estorbaban el libre tránsito formando corrillos en los pasadizos o sentándose en las estivas que debían removerse, o atravesándose ante el rodar de los toneles”

Monte adentro, vega afuera, comenzábamos a reconocer el poblado, el asentamiento alrededor del ingenio o central como una ciudad alterna con un espontaneísmo generado por la fiebre del azúcar. La central Aguirre, la aduánica central en Ensenada, mostrábase en la disposición de generar un nuevo patrón urbano en cuadrícula, ya no teniendo como norte, este y oeste el cabildo, la iglesia y la plaza, sino la tienda de mercancía para el peonaje, los almacenes para el trasiego y la plaza para dueños y capataces, quizás alguno que otro campo, lo mismo que en Cuba, para practicar el beisbol. Se configura así un simulacro de ciudad en torno a la industrialización cañera; el capitalismo agrario.

En su novela *La gleba*, Ramón Juliá Marín nos describe con ese asombro martiano que no por auténtico resulta incondicional, la maquinaria del ingenio; ese tránsito en que la modernidad convirtió en central lo que antes fue trapiche meladero. Esa maquinaria para triturar la caña y extraer las mieles, la puesta al día del notorio tren jamaiquino, era también una imagen de Saturno devorando al peonaje cañero.

Ahora bien, junto a la imagen de la ciudad alterna que fue el ingenio azucarero también reconocemos esos asentamientos en el trecho del acarreo de la caña, los poblados espontáneos; las barriadas que surgían porque el antiguo municipio agregado volvía proletario, brasero de la colonia cañera y degradado habitante de arrabales en la ruralía, donde prevalecerán la rabia, la violencia doméstica, el vicio del alcohol y la locura. He aquí

una de las primeras descripciones de la nueva marginalidad del arrabal puertorriqueño de origen campesino y ambición citadina. Está en el capítulo VI de *La Gleba*, novela publicada en 1911:

“Una centena, a lo sumo, de casitas de madera, con sus plumizos techos de zinc en forma de cucurucho, luciendo sus colores chillones de rojo bermellón, verde esmeralda, amarillo cromo, azul turquesa y blanco algodón, se aglomeran en aquel recodo cerrado al norte por las herrumbrosas tapias del vetusto cementerio y al sur por las escarpaduras del granítico promontorio que se alza a la izquierda de la carretera. Al fondo comienzan las sinuosidades de la sierra de Arenas y se prolonga el camino tierra adentro cortando laderas y rebasando cimas cuando no perdiéndose en las hondonadas cubiertas de matorrales. Es un camino vecinal por el que transitan muchos carros cargados de caña durante la época de la zafra a pesar del ferrocarril, que, evadiendo la cordillera, se interna por las vegas del guano hasta llegar a la antigua hacienda de Arenas, hoy Colonia de la central.”

En una colección de narraciones cortas publicada en 1936, *Cuentos para fomentar el turismo*, Emilio S. Belaval concluye algunos relatos con el casi estribillo de cómo aquel Puerto Rico miserable y cañero apenas podía suscitar el interés del turista con *kodak brownie* en mano. Es un título genial por lo esperpéntico y amargo de su ironía. La portada de la primera edición ilustrada por el caricaturista sin par de aquella época, el mordaz Filardi, nos muestra a un perplejo turista tratando de fotografiar al negrito que trepa azorado por el tronco de un cocotero. Tanto el turista como el negrito lucen sorprendidos por lo absurdo de la propuesta. La miseria se vuelve pintoresca siempre que media el cinismo, parece decirnos Belaval.

Ese mismo autor había publicado, apenas una década antes, *Los cuentos de la universidad*. Una colección narrativa que bien conforma uno de los umbrales o portales del regreso del imaginario literario puertorriqueño a San Juan. Estos cuentos ambientados casi todos en Río Piedras, hoy barrio capitalino y en aquel entonces municipio aledaño a la capital, giran en torno a los estudiantes de la Universidad de Puerto Rico. La torre de la universidad con su aire de extranjería morisca, ejemplo del *Spanish revival* antillano de los años veinte, podría ser emblema o portada de esta colección que trata sobre el estudiantado patricio del primer centro docente universitario de Puerto Rico, fundado en 1903, poco después de la ocupación norteamericana.

¿Quiénes son estos estudiantes? El ojo de Emilio S. Belaval para describirnos la seña de esos señoritos y señoritas, posiblemente hijos de la burguesía y pequeña burguesía rural o pueblerina, esta vez con ambiciones profesionales para su descendencia, es de una

precisión pasmosa, aunque no rehúye a la sátira. Es como si a San Juan regresaran para estudiar las profesiones técnicas y liberales los hijos de la producción agrícola y el comercio portuario. Veamos esta descripción de uno de esos petimetres o petímetros borinqueños de aquella época, pequeños maestros del buen vestir, mezcla del dandi francés y el señorito peninsular. El cuento de Belaval se titula “Tony Pérez es un niño flan.” Flan quizás por *flaneur* en el ocio y empalagoso en la vanidad y el don de gentes. Notemos el nombre anglicado, Tony, casi la seña de identidad del neo-blanquito puertorriqueño:

“Las muchachas del curso de ciencias estaban por declarar que Tony Pérez era el más admirable tipo de la universidad, las del curso de artes también. Pequeño ídolo de mujeres, nuestro protagonista se dedicó a estudiar profundamente ese privilegio exclusivo de hacerse bien el lazo de la corbata de que gozan los elegantes. Tony Pérez era el más elegante, el más ducto y el más afortunado galán de la universidad”

Otro portal de regreso a San Juan después del largo episodio campesino y cañero de nuestra literatura, se evidencia en la crónica de José I. de Diego Padró sobre el San Juan de los años veintes y su bohemia literaria, narración colindante con el ensayo que tituló *Luis Palés Matos y su trasmundo poético*. En este libro brillante, uno de los más originales, raros y excéntricos novelistas antillanos recorre su juventud literaria junto a Luis Palés Matos, nuestro más grande poeta contemporáneo y el entonces poeta menor y más adelante máximo dirigente político puertorriqueño Luis Muñoz Marín. Lo que fue tertulia señorial de botica en el San Juan de Manuel Alonso, aquí ya es bohemia literaria, una de las atmósferas imprescindibles en la creación del imaginario ciudadano a partir del romanticismo europeo. Veamos esta descripción de cómo el casco antiguo de San Juan, sin embargo, resulta lugar de ensoñación para esas sensibilidades provincianas que siempre conciben la vida como habitando en otra parte. Notemos, de nuevo, ese regusto tan antillano por la amplificación barroca, la descripción siempre avocada al inconfeso afán de incluirlo todo. El tono evocativo es de quien recupera, ya maduro, esa temporada especial en la imaginación y el entusiasmo que es la juventud. La escena es en el pequeño malecón del casco antiguo frente al puerto:

“Era la pequeña, la clara dársena situada entre el embarcadero de los Valdez y los antiguos edificios de la Aduana y el Arsenal, hoy convertida en un charco inmundo y viscoso, donde se asientan o flotan todas las porquerías residuales del hombre, pero que en aquellos tiempos se cundía de gallardas embarcaciones menores, motonaves de la guardia costanera, faluchos pesqueros, goletas y balandros de cabotaje, los cuales alegraban el ambiente con los gritos de sus tripulaciones con la mezcla de olores sanos y penetrantes de la brea y la cola del pescado fresco y salado, de los cueros recién

curtidos, las cargas de verduras y frutas del país y el pachulí y el azúcar, los envases de melado y demás que emergían en todo momento de sus abiertas y atestadas bodegas. Ninguna decoración más apropiada para abrir un escape al torrente interior de nuestras quimerizaciones. Allí estuvimos recitándonos versos y discutiendo lecturas, y fumando pitillos hasta esa hora fresca y apacible, en que el gallo canta y relinchan los corceles de la aurora.”

Ya en los años cuarenta, con la incipiente industrialización del país y la progresiva sustitución de la caña como monocultivo determinante de la economía agraria, junto con la emigración del campo a la ciudad y después a los Estados Unidos continentales, principalmente a Nueva York, el tema urbano y sanjuanero se vuelve impostergable en la literatura puertorriqueña.

Uno de los escritores que mejor testimonió el paso por este umbral o portal metafórico, ya de regreso a San Juan, lo fue José Luis González. En su libro *El hombre en la calle*, de 1948, comienza a testimoniar el tránsito del campo a la ciudad. En el cuento “La carta”, San Juan, el área metropolitana, es ese lugar a mitad del camino de la emigración, que para tantos culminó en Nueva York. El campesino, ahora desempleado en la ciudad, a punto de convertirse en mendigo miserable, le escribe una carta a su parentela en el campo, sobre lo bien que le va en la ciudad. Entonces mendiga cinco centavos para el franqueo y envía la carta. Aunque este brevísimo cuento de apenas tres párrafos no recalca en descripciones de San Juan, los espacios y los tiempos están perfectamente delimitados: “San Juan, Puerto Rico, 8 de Marzo de 1947”. El protagonista llega a San Juan después de haber vivido la miseria del cañaveral y esa ciudad alterna que fue la central. De este modo, le asegura a sus parientes lo bien que les va. “Como yo les decía antes de venirme, aquí las cosas me van bien. Desde que llegué, en seguida encontré trabajo. Me pagan ocho pesos la semana y con eso vivo igual que el administrador de la central allá.” Es un cuento lleno de sugerencias sobre el personaje e insinuaciones sobre el espacio real de la ciudad, que todavía no es Nueva York.

En su cuento “En el fondo del caño hay un negrito”, de su libro *En este lado* de 1954, José Luis González nos coloca esta vez en uno de esos umbrales metafóricos a manera de sinécdoque de la ciudad metropolitana. Aparece en el fondo del caño el reflejo de un negrito embelesado, que finalmente se ahoga, y que ya nos coloca en el arrabal, como esa otra ciudad extendida a lo largo de los caños y lagunas, la marginalidad como pesadilla de esa Venecia caribeña que elogió Tapia.

Ahora, a diferencia de la carta, se nos describe ese lugar de la miseria citadina, el caño pestilente y la vivienda que despierta la curiosidad de una ciudad en pleno desarrollo.

“Luego miró hacia arriba, hacia el puente y la carretera; automóviles, guaguas y camiones pasaban en un desfile interminable. El hombre sonrió viendo cómo desde casi todos los vehículos alguien miraba con extrañeza hacia la casucha enclavada en medio de aquel brazo de mar, el caño sobre cuyas márgenes pantanosas había ido creciendo el arrabal.”

Más adelante nos describe, con gran economía, la manera de zarpar sobre el babote del caño.

“A poco se metió en el bote y remó hasta la orilla. De la popa del bote a la puerta de la casa había una soga larga que permitía a quien quedara en la casa atraer nuevamente el bote hasta la puerta. De la casa a la orilla, había también un puentecito de madera que se cubría con la marea alta”.

En *La carreta* de René Marqués, uno de los más proféticos dramas de nuestra literatura antillana y de toda la literatura hispanoamericana, el tránsito del campo a la ciudad ya es inevitable que culmine en el Bronx, Nueva York. El lugar de estadía en el camino, el sitio de espera para ya entonces, como se decía, “Embarcarse pa’ los niuyores” es La perla, como dijo René Marqués en las acotaciones, “Arrabal al pie de las viejas fortificaciones del morro”. Según las acotaciones del propio René Marqués para el estreno de ésta obra maestra, en el teatro experimental del Ateneo, 1954.

Ese ámbito y ambiente, La perla, que el escritor norteamericano Hunter Thompson en sus andanzas sanjuaneras, consideró, más que maldito, perfectamente aborrecible, digno de desaparecer de todos los mapas o guías turísticas, viene a ser el andén para la próxima parada, el *ghetto* del norte. Así se cumple ese trecho, ya anticipado por Juliá Marín en la descripción de la barriada que hace su aparición en *La gleba*.

Un importante portal metafórico de los años cincuenta del pasado siglo, es el que atañe a la recuperación historicista del casco antiguo de San Juan. Tuvo que ver mucho ese aprecio histórico de la ciudad antigua con varios acontecimientos políticos de la época ocurridos en el recinto murado y una tendencia sociopolítica y cultural cada vez más notable. Los acontecimientos fueron los varios arrestos del líder nacionalista Pedro Albizu Campo, en el viejo San Juan, a partir de la revuelta nacionalista de octubre de 1950 y el ataque al congreso de los Estados Unidos en marzo de 1954, también el ataque armado a la fortaleza, por un comando suicida del nacionalista, dispuestos a asesinar al entonces gobernador Luis Muñoz Marín.

En el cuento “Otro día nuestro” escrito en 1955 y recogido en la colección *En una ciudad llamada San Juan*, René Marqués convierte a Pedro Albizu Campos, el líder del nacionalismo, en protagonista. Este aparece como una figura quijotesca y algo romántica,

un anacrónico patricio fuera de su tiempo y lugar, arrumbado en el viejo caserón de una ciudad en ruinas. Así describe Marqués aquella ciudad que entonces era proletaria y vocinglera; la ciudad es más arquitectura histórica que popular vocerío. Nos dice René Marqués:

“El sol dejaba ya escurrir sus primeros rayos sobre los adoquines brillantes de rocío. Alzó la vista y tendióla hacia la ciudad. Era la parte antigua con sus construcciones centenarias de ladrillos y piedra, con sus balcones de hierro forjado como negros encajes de mantillas viejas, con sus antepechos de intimidad familiar y sus amplias y soleadas azoteas y allá en el fondo, la sobria belleza del fuerte español, una dulzura infinita fue invadiendo su corazón. Extendió los brazos como para acoger en ellos la ciudad amada, hubiera querido besar cada piedra, cada ladrillo, hubiera querido estrechar sobre su pecho la ciudad y arrullarla con viejas nanas y protegerla de los peligros que amenazaban su felicidad.”

Justiciera e irónicamente el nacionalismo cultural que floreció durante esos años cincuenta en Puerto Rico, promovido por la némesis política de Albizu Campos, el gobernador Muñoz Marín y su dirigente cultural Ricardo Alegría comenzó la restauración sistemática del antiguo recinto murado, aquella ciudad ruidosa y proletaria de fondas y cafetines, prostitutas y marinos, ha sufrido desde entonces lo que hoy llamaríamos un *gentrification* progresivo.

Como parte de esa restauración urbana y arquitectónica, ocurre una especie de restauración literaria, con sus cuentos de la plaza fuerte escritos entre 1954 y 1960, Emilio S. Belaval completa su visión del siglo XX puertorriqueño, revisita el recinto como apreciado espacio del imaginario histórico puertorriqueño. Pero fue solo el comienzo. Si De Diego Padró restauró a través de su crónica memoria el San Juan bohemio de los años veinte y treinta describiendo y narrando el casco antiguo cual sitio de actualidad literaria, Marqués y Belaval intentan la recuperación de la ciudad histórica como metáfora de una nacionalidad en construcción, proyecto que continuará la generación más reciente de escritores.

Junto a la anterior visión nostálgica, encontramos la novela *Una gota de tiempo* de 1958 de Cesar Andreu Iglesias, un intento por convertir el viejo barrio universitario de Río Piedras en portal de la nueva ciudad desarrollista de los años cincuenta y sesenta. En Río Piedras nace la emblemática avenida 65 de infantería, cuya construcción inauguró buena parte de la convivencia suburbana hacia la costa este del país. En esa novela, se estrena en nuestra literatura contemporánea, lo mismo el trasiego de drogas que los novedosos emblecos de aquella década de optimismo político y pesimismo literario, según René

Marqués. Es la novela donde se habla por vez primera de un encuentro ilegal para la distribución de drogas. Ocurre en la entrada del entonces recién inaugurado y ahora desaparecido *Drive in* de Cobián “La cita era para las tres de la madrugada, a la entrada del *Cobian’s Drive in, Theatre* en la carretera de Rio Piedras a Caguas ¿Cómo llegar allí a esa hora, sin automóvil?”.

En su novela *Ardiente suelo fría estación*, de 1961, Pedro Juan Soto nos testimonia dos importantes umbrales de la ciudad, esta vez de naturaleza extramuros, pero sin las insinuaciones de marginalidad contenidas en la barriada, el arrabal o el poblado cañero. Ahora se trata de la urbanización, ese fenómeno suburbano que en Europa se conoció con la esperanzadora denominación de ciudad parque. Levittown justo al otro lado de la bahía de San Juan, en la vega norteña entre Cataño y Dorado, se convertirá, no sólo en el sitio de la urbanización, ese nuevo umbral, sino el lugar del encuentro, otro tipo de portal de los puertorriqueños proletarios que hacia los años sesenta, o se mudaban del casco antiguo, o se regresaban, después de casi dos décadas en el norte.

Levittown en la vega de los mogotes que pintó José Campeche en el siglo XVII, se convirtió así en la ciudad prometida después del regreso de Nueva York, o cierta promoción social ahora clasemedianera, la última parada de la carreta de bueyes de aquel acarreo de la ya para entonces casi desaparecida industria cañera. La uniformidad del suburbio norteamericano es satirizada por Soto. Así nos describe las ficticias *sunset gardens*, el remedo literario de Levittown:

“Sólo las fachadas habían sido distintas en cierta ocasión seis o siete estilos habían sido repartidos geoméricamente a cada lado. Pero ahora, habiendo sido alteradas por el mismo inconforme propietario, eran treinta o cuarenta fachadas calcadas aparentemente de un mismo plano, ventanales de cristal, en vez de visillas de aluminio, verjas levantadas a un mismo nivel, con portones iguales y que abrían hacia un mismo lado.”

La obra literaria de Rosario Ferré y Olga Nolla inauguró hacia los años noventa, varios portales urbanos. En *La casa de la laguna* Rosario Ferré intentó la recuperación del Condado señorial y patricio de principios del siglo XX, Olga Nolla hizo lo mismo respecto de Miramar, ese barrio en el antiguo Monte Olimpo de San Durce, donde se asentó la burguesía sanjuanera hacia comienzos del siglo pasado. La novela de Olga Nolla *Manuscrito de Miramar*, es la recuperación de un tejido urbano y social que también ha testimoniado ya más recientemente Marta Aponte Alsina en *Vampiresas*. El Condado y Miramar evidencian de esta manera las visitas a un pasado reciente, menos historicista que el propuesto por Marqués y Belaval para el casco antiguo durante los años cincuenta.

Pero San Juan, muy específicamente la avenida Baldorioty de Castro, es también el espacio del tapón, del embotellamiento, la cola de *La guaracha del macho Camacho*. Se abre así el umbral no solo del San Juan suburbano, sino del San Juan motorizado y congestionado por el tránsito. La urbanización da paso a ese multipisos extremadamente vertical, que llamamos condominio. Mientras tanto la playa, otrora espacio para fomentar el turismo, se transforma ahora en el sitio de la marginalidad, barrio que incita a la intriga amorosa, al frenesí de la gozadera, la sanación del pugilato neurótico y las persecuciones de detectives privados. Hablo por supuesto de ese novísimo San Juan que responde al nombre de Isla Verde, ambiente de la novela *Sol de media noche* y *Como el aire de abril*, esta última de Arturo Echavarría. En *Como el aire de abril*, la mirada a veces es la de Edward Hopper o Richard Ford en el cuento “Privacy”, se trata de la fugaz adivinación de vidas entre vistas allá en la habitación de enfrente. Mientras el novelista Wilfredo Matos Cintrón le da cuerda a su detective Isabel Andujar para caminar las calles de ese antiguo barrio sanjuanero ahora vuelto dominicano, Río piedras, Arturo Echevarría se dedicaría a la indagación de lo que ha ocurrido allá en el *rear window* del décimo piso. De ésta manera la ciudad ha vuelto a ser oteada a vista de pájaro, en la lejanía del silencio y el extrañamiento ante esos cuerpos atrapados tras los cristales de sus torres o los vidrios de sus automóviles. Muchas gracias.